Prof. Dr. Otto Friedrieh Bollnow, Tubinga

Discurso conmemorativo*

Cuando nos alcanzó la noticia de la muerte de Spranger sabíamos que no sólo un gran hombre sino todo un mundo nos había dejado, un mundo que él todavía personificó y que ahora ya no existe para nosotros. Cuando en una primera evocación del pasado queremos darnos cuenta de lo que hemos perdido con él, vemos que no se trata sólo de este hombre, cuya pérdida nos duele, de este hombre de porte severo y erguido y conformación aristocrática, de una bondad retraída y ocultada casi con pudor, con su resignación que en la edad avanzada maduró dando lugar a una superioridad tranquila, a este hombre a quien sólo nos acercábamos con veneración no osando hacerle ver toda la medida de nuestro amor respetuoso por miedo a ir demasiado lejos. Ahora ya es tarde y nos duele el no haberle dicho más.

Los testimonios múltiples de sus contactos humanos que Wenke reunió para el 75° aniversario de Spranger, ofrecen una imagen rica y conmovedora de su personalidad. Hoy, cuando sólo nos ha quedado su recuerdo, tienen doble valor.

1.

Junto con Spranger hemos perdido un mundo. Fue el último hombre par quien Goethe todavía tuvo presencia viva. No me re-l'fiero a la simultaneidad exterior, pues pasó medio siglo entre la [139/140] muerte de Goethe y el nacimiento de Spranger. Pero él vivió todavía en la tradición intacta que había sido determinada por Goethe. Por eso, en sus numerosas conferencias y disertaciones siempre pudo recurrir a él como a su interlocutor más adecuado. Por consiguiente estos artículos sobre Goethe, y preferentemente sobre el anciano Goethe, con frecuencia deben leerse como si fueran monólogos.

Se trata en general del mundo del clasicismo y del idealismo alemanes, del mundo de la gran tradición educativa alemana. Spranger se había criado en la época anterior a la Primera Guerra Mundial y se formó todavía en esta época. En ella él se sentía seguro. De ahí que personifica por completo este mundo.

Sin embargo, su obra propiamente dicha comienza sólo después de la Primera Guerra Mundial al hacerse cargo de su cátedra en Berlín en una época que designamos de modo deficiente con el nombre de la República de Weimar. Se incorporó con todas sus fuerzas a la reconstrucción del sistema educacional y cultural. Estaba abierto a todas las corrientes nuevas de la época. Testimonio de esto son su temprano interés por las ciencias económicas y la sociología, su conexión con el «movimiento de la juventud» que se generalizaba brioso, su simpatía por los movimientos pedagógicos turbulentos de su época. Ya muy pronto tomó en serio las nuevas corrientes que aparecieron, así el feminismo y la educación de los párvulos. Fue siempre un amigo servicial, se podría decir paternal, de la asociación Pestalozzi-Frobel. Así también al iniciar su carrera ya se dio cuenta de la necesidad de renovación de las universidades, tratando de que se hicieran cargo de nuevas tareas. Intercedió para que los más dotados pudieran adelantar y ayudó comprensivamente para que se reconociera la importancia de la educación física.

A pesar de admitir, como vimos, todas las nuevas corrientes, Spranger no fue revolucionario,

---

* Gedenkrede zum Tod Eduard Sprangers auf der akademischen Trauerfeier in der Neuen Aula der Universität Tübingen am 21. September 1963, abgedruckt im Schwäbischen Tagblatt vom 25. September 1963. Nachdruck in der Zeitschrift Universitas 18 (1963), spanische Ausgabe, S. 139-.150.

sino hondamente conservador por naturaleza. Era un hombre de la tradición, arraigado totalmente en el mundo del clasicismo alemán. Por eso la expresión «amigo paternal» es tan acertada, aun para la época en que era relativamente joven. Su ayuda no fue la de la participación inmediata, sino la de una aceptación comprensiva en la significación profunda que él dio a la palabra comprender: entender y hacer visible el sentido contenido en algo que todavía permanece oculto para la persona misma que lo vive. En todo fue él el elemento que aclaraba, que aceptaba lo nuevo comprendiéndolo, que lo volvía transparente y lo espiritualizaba en esta aceptación y lo conectaba con la gran [140/141] tradición. Así resulta característico el título de su temprano ensayo: «El movimiento de la juventud y Goethe».

2.

Pero en la tradición espiritual que personifica Spranger no debemos desestimar el otro aspecto: Berlín. Se puede interpretar como un legado que el último discurso importante universitario que hace pocos años pronunció aquí en este mismo lugar, estaba dedicado a la Universidad de Berlín en el 150" aniversario de su fundación. Su humanismo se ha formado en suelo brandenburgués. De ahí que advertimos como un aire nítido y transparente en la claridad de su inteligencia rigurosa, de ahí la forma severa, casi forzada, de su racionalismo, su sobriedad desafecta a todo pathos, que prefiere desviarse hacia la jerga berlinesa antes de usar una palabra demasiado altisonante. Su idealismo, a pesar de estar cerca de Goethe, conserva una nota propiamente kantiana y aun prusiana. Es el ethos de una entrega y un sentido del deber absolutos, del: «puedes, pues debes». También la firmeza de la idea de valor, que oponía a todo relativismo psicológico e histórico, tiene aquí su raíz moral.

Bien característica es la frase con que el anciano Spranger comienza su disertación sobre el idealismo que dedicó al más anciano Alberto Schweitzer en su 85° aniversario: «la raíz del idealismo es el pensamiento <a pesar de todo>». Spranger vivió totalmente desde este ethos del <a pesar de todo>. Era un hombre de la disciplina. Toda su obra monumental la realizó forzando su cuerpo nunca muy robusto y no se reduce la figura de este gran hombre al afirmar que nada en él brotó como por sí sólo, de una exuberancia natural desbordante, sino que consiguió todo por la disciplina severa, podemos decir a la fuerza. Por eso también todo en él está configurado hasta en el menor detalle.

De ahí también el otro gran modelo del que se consideraba deudor toda su vida: Federico el Grande. En los años amargos de la Segunda Guerra Mundial le rindió homenaje con la disertación sobre el «filósofo de Sanssouci» como protesta muda al envilecerse esta tradición en los años del nacionalsocialismo. Prusia entendida como actitud espiritual y no como potencia pertenece también a ese mundo que en Spranger revivió una vez más y que hoy ya no existe. Después de la Segunda Guerra Mundial y todos los derrumbes í que se produjeron como su consecuencia, Spranger volvió a perso-I niñear esta gran tradición de humanismo y actitud moral desde r 1946 en la Universidad de Tubinga; fue amado, admirado y conver- [141/142] tído en símbolo por una generación de estudiantes, que, según testimonio de él fue «la mejor y más seria entre todas» con las que se había encontrado en su larga actividad docente. En aquellos años tristes Spranger vivió cabalmente la responsabilidad del profesor universitario que va más allá de la Ciencia, dirigiéndose a un amplio círculo con seria advertencia. Ya después de 1918 había señalado la falta de sentido de responsabilidad en la clase culta alemana y trató de combatirla reforzando la educación política. En los acontecimientos que se sucedieron desde 1933 vio las consecuencias de este abandono funesto. Su filosofía cultural se convirtió cada vez más en patología cultural que debía investigar las enfermedades de nuestra cultura. Preguntaba profundamente preocupado lo que se expresa en el título de una de sus conferencias: «¿Se puede guiar todavía el proceso cultural moderno?»

Y como único medio para evitar el camino que conduce al mecanicismo y a la barbarie se le aparecían las fuerzas morales del hombre individual, que merced a su conciencia se siente responsable de la totalidad. Incansablemente exigía una nueva responsabilidad cultural y una nueva educación que naciera de ella. Siguió siendo un exhortador, si bien hacía constar afligido que hasta entonces se veía poco resultado.

3.

La vida de Spranger estuvo tan colmada como puede estarlo la vida de un estudioso. En las aulas se apretujaban los estudiantes entusiasmados por sus clases. Su bibliografía realizada hasta 1958 cuenta con 777 títulos y debería ampliarse mucho desde entonces. Sus libros fueron traducidos a la mayor parte de las lenguas europeas y a muchas extraeuropeas. Tomó parte destacada en innumerables deliberaciones y una y otra vez se puso a disposición para realizar tareas referentes a la estructuración escolar práctica, que lo distraían de sus trabajos científicos propiamente dichos. Su zona de influencia alcanza desde Sudamérica hasta Asia Oriental. Lo que puede lograr un erudito respecto a honores y reconocimientos, él lo logró.

4.

Al comienzo de su desarrollo espiritual están sus dos libros sobre Guillermo de Humboldt: la obra fundamental sobre «Guillermo de Humboldt y la idea de humanidad» (1909) y el otro libro, vin subproducto que en cierto modo maduró al lado del primero: «Guillermo de Humboldt y la reforma de la educación» (1910). Este co- [142/143] mienzo es como un símbolo y una profesión de fe anticipados; pues Humboldt es una naturaleza fundamentalmente afín a la suya, de modo que en la elección del tema ya se refleja su particularidad mental y su posición en el mundo espiritual. Se podría designar con todo derecho a Spranger el Humboldt de nuestra época.

Así como la personalidad de Guillermo de Humboldt no se revela en su máxima significación a través de las exposiciones habituales desdobladas según las disciplinas, porque no se deja captar enteramente ni por la poesía, ni por la filosofía, ni por la actividad política y su plena personalidad se revela más que todo en sus cartas, así también sucede con Spranger. Ciertamente fue un pedagogo muy importante y un filósofo no menos importante y ciertamente tuvo influencia eficaz en la estructuración práctica del sistema escolar. Y sin embargo, ne se le haría justicia colocándolo al lado de otros filósofos o pedagogos a fin de compararlo con ellos; pues él no fue sólo eso. Si convirtió a Humboldt en el fundamento de su pensamiento educacional, si una y otra vez volvía a Goethe y encontraba consuelo ocupándose con el «filósofo de Sanssouci», en su libertad sublime siempre había más de lo que sumaban sus tareas singulares; más allá de los límites de las disciplinas era en primer término un humanista, la personificación de una humanidad pura, el trasmisor de un pensamiento educativo rico y maduro. En él había vuelto a tomar forma la unión Humboldtiana de individualidad y universalidad, configurando la totalidad del ser hombre.

Pero un rasgo más lo unía a Humboldt de modo significativo. Era la comunidad del lugar histórico de este humanismo, la duplicidad que se cumple en virtud de los dos polos ya mencionados: Weimar y Berlín, el clasicismo alemán en su plena madurez humana y el mundo prusiano de la claridad sobria y de la severa disciplina. De ahí también la responsabilidad ante las tareas de la vida pública, en el caso de él especialmente el trabajo de la organización escolar.

Y finalmente un tercer punto que no se debe descuidar, aunque en la obra escrita es menos

visible: la actuación de ambos cae en épocas de crisis de la vida estatal, en épocas de derrumbamiento político y de reconstrucción subsiguiente. A pesar de que la obra de Spranger está arraigada todavía en el mundo sólido de 1914, era sólo la situación posterior a 1918, la tensión y la voluntad apasionada de recomenzar, la que activó en forma inmediata sus energías pedagógicas.

Todo esto da sentido profundo a su posición histórico-cspiritual: arraigado todavía en la gran tradición antigua y firme del clasicismo [143/144] e idealismo alemanes que lo acuñaron en toda su modalidad humana, pero actuando en un mundo nuevo que sobrevivió a la catástrofe, se colocó decidimente frente a las tareas que éste impuso, tratando de fijar nuevamente en él lo que de la tradición era válido fuera del tiempo. Así se origina esta doble faz: conservando lo extraído de la sabiduría tradicional y respondiendo sin embargo con decisión a la exigencia de lo nuevo, renovando la fuerza de lo eterno ante la exigencia de la hora.

Pero con las últimos afirmaciones ya hemos tocado el punto en el que Spranger se distingue de Humboldt rotundamente: echaba de menos en este carácter completamente orientado hacia la autoeducación, la responsabilidad ético-social, que en él constituye el último fundamento de su intención pedagógica.

5.

La significación mundial de Spranger deriva de los dos grandes libros, las «Formas de vida», que después de un primer esbozo de 1914 apareció en 1921 en su forma definitiva y la «Psicología de la edad juvenil» de 1924. Los dos juntos caracterizan, al lado de varias monografías más o menos extensas, la primera gran fase de su creación.

Ambas contienen al mismo tiempo la fundamentación de una psicología original de las ciencias espirituales; pues esta psicología de las ciencias espirituales que en los años del veinte se desarrolla poderosamente es la obra de Spranger. Ya en los años del ochenta üillhey había desplegado en sus «Ideas para una psicología descriptiva y analítica» las ideas iniciales que fundamentan tal psicología junto a una gran abundancia de pensamientos; esto en la mente clara, sistemática y tal vez también simplificadora de Spranger cobró la forma que lo hizo en cierto modo apto para la escuela y capaz de dar a toda una generación de maestros las armas espirituales para llevar a cabo su tarea educativa.

Que las ideas de Spranger procedieran tanto de Dilthey como de Paulsen no es en él falta de decisión o vacilación, sino que está profundamente condicionado por su esencia más íntima. Refleja en cierto sentido la polaridad de prusianismo y clasicismo. Ahí donde los pensamientos de Dilthey penetraban en tierra virgen pluriformes y múltiplemente enlazados, formando un ovillo a veces difícil de desenredar y sólo sospechando muchas cosas en las tinieblas de la novedad, allí Spranger se puso a la obra con el método sistemático y severo de su pensar sobrio y claro, así como lo había aprendido [144/145] en la escuela de los neokantianos. Aislaba los hilos, abría caminos a través de la maleza, a veces hasta con rudeza, pero creando así un todo conexo abarcable con la vista, que se podía aprovechar para algo. Así creó la psicología de las ciencias espirituales.

No se comprende la significación de «Formas de vida» si en ello sólo se ve una tipología, de las que la época ha producido cantidad. Lo decisivo en esta obra es la conexión entre alma individual y cultura objetiva, que sirve de base a esta tipología como punto de partida sistemático. No es simplemente una correspondencia entre alma y cultura total, como p. ej. la que sirve de fundamento a la construcción estatal platónica; para Spranger el alma no se desarrolla simplemente desde adentro hacia afuera, sino únicamente introduciéndose en su creciminto dentro de las conexiones de sentido de los ámbitos culturales, realizándose estos a

su vez en el alma del hombre que se va desarrollando. Con esto se han creado las bases sistemáticas que posibilitan una fundamentación profunda de la pedagogía, así como Spranger la creó en estrecha unión con Nohl y Litt y la que se ha denominado «pedagogía cultural» designándola con un nombre que es acertado si bien restrictivo. El título del tomo en el que Spranger reunió desde 1919 en diversas ediciones con contenido creciente y también cambiante sus artículos pedagógicos: «Cultura y educación» resume en una fórmula breve la relación recíproca. Y con esto efectivamente queda señalado el pensamiento conductor que desde entonces conecta la infinita cantidad de sus trabajos pedagógicos y que se revela fértil una y otra vez.

Pero también es obvio que «Formas de vida» contiene ya implícitamente toda una filosofía de la cultura, que sólo debía ser destacada autónomamente (como Spranger lo hizo repetidamente en sus clases). Con esto se crea por el otro lado el punto de partida para sus numerosos trabajos posteriores filosóíico-culturales y cultural-polí-ticos de vasto alcance.

La «Psicología de la edad juvenil» escrita poco después es su complemento necesario; pues sólo en ella la psicología de las ciencias espirituales se llega a desarrollar y mostrar su eficacia al ser aplicada al hombre concreto. Lo que después -y seguramente con cierta razón- se ha dicho acerca de su unilateralidad históricamente condicionada, en nada invalida el mérito de que durante decenios una generación de maestros ha visto al hombre joven a través de *i* este libro y lo educó según él, y de que una joven generación se i encontró a sí misma en esta imagen y se formó de acuerdo con ella jen medida considerable. [145/146]

Así estos dos libros que se completan mutuamente crean los fundamentos culturales de una pedagogía y la imagen de una juventud a educar y dispuesta a ser educada. El carácter de la enseñanza secundaria en los años veinte está determinado decisivamente por ellos, tanto de arriba, por las medidas de reforma de la administración escolar, como también de abajo, por los innumerables maestros que directa o indirectamente pasaron por la escuela de Spranger a través de sus conferencias o sus libros. Lo mismo vale para la escuela primaria, en la que Spranger influyó notablemente por su participación en las academias de Becker.

6.

Al examinar la nómina de los demás escritos, llama la atención que con estos dos termina la serie de los grandes libros autónomos. Lo que sigue son -a más de muchos artículos sueltos, disertaciones y conferencias pronunciadas en diversas ocasiones— sólo colecciones de artículos, como las nuevas ediciones ampliadas de «Cultura y educación», luego «Pueblo, estado, educación» (aparecido primero en 1932), donde se expresa el creciente interés político, más tarde «La visión del mundo en Goethe» (1943) y después de la guerra «Perspectivas pedagógicas» (1951) y «Problemas culturales del presente »(1953), a lo que se agrega más adelante un nuevo tipo de libros menores sobre el que hablaremos luego.

Si prescindimos de las circunstancias impuestas por condiciones exteriores —las dificultades en el tiempo de Hitler, las tareas cumplidas durante su permanencia en el Japón y la opresión de la segunda guerra—, su cambio de estilo en el trabajo científico además está condicionado más profundamente. Después de las proyecciones en grandes líneas, racionalmente constructivas de los años anteriores, que habían esbozado en formas muy simplificadas los rasgos fundamentales de un sistema pedagógico, en la última época se notaba en más alto grado la necesidad de una compenetración con la plenitud de la experiencia y los resultados de las ciencias particulares en cuestión. De la abstracción del primer tiempo brotó paulatinamente la figura saturada de experiencias del Spranger intermedio y posterior.

El saldo de estos trabajos se encuentra ante todo en las grandes disertaciones académicas.

Nombraré solamente las que más importancia tienen desde el punto de vista sistemático: «La cuestión de la unidad de la psicología» (1926), «La teoría de los ciclos culturales y el problema de la decadencia cultural» (1926), «El sentido de la [146/147] objetividad en las ciencias del espíritu» (1929), «Las capas primitivas de la conciencia de la realidad» (1934), «Problemas de la morfología de la cultura» etc.

Pero parece ser una ley universal de la historia del espíritu, que las primeras obras con las que un autor de éxito se ha destacado brillantemente, determinan la imagen de su personalidad de un modo tan duradero que oscurecen las obras posteriores. Así Goethe siguió siendo él autor del «Werther» cuando hacía tiempo había jescrito las «Afinidades electivas». Así también la imagen de Spran-|ger estaba determinada por «Formas de vida» y «Psicología de la edad juvenil», cuando él mismo por trabajos posteriores ya había pasado a una manera de pensar bien diferente. Aquellas primeras obras se difundieron a través de numerosas ediciones y fueron acogidas con entusiasmo por toda una generación de educadores. Aunque también los libros nuevos se divulgaron, esto nunca se puede comparar con la difusión de los dos libros grandes, y además aquéllos sólo se interpretaron como complementos y desarrollos de problemas singulares sin reparar en la forma de pensar completamente nueva que se manifestaba en ellos. Las conclusiones científicas a que llegó en sus monografías el Spranger «intermedio» -como quiero llamarlo para abreviar- pasaron inadvertidas y necesitan hoy urgentemente que se las investigue cuidadosamente. La imagen de su personalidad espiritual debe no sólo enriquecerse desde este aspecto sino también corregirse en algunos puntos esenciales.

7.

Si esta imagen del «Spranger intermedio» corresponde en general a los años de su actividad docente en Berlín, en los últimos años se hizo notar un nuevo cambio que yo denominaría la del «Spranger maduro», determinado principalmente por las amargas experiencias de la última guerra. En los comienzos está la conferencia acerca de la «Piedad mundial» del año 1941 que luego fue incluida en el libro «La magia del alma» (1947), siendo completada por el escrito «El dios desconocido» (1951 y 1954). El mundo se le hace transparente y revela su fondo profundamente metafísico en una experiencia nueva que de un modo general se puede relacionar con su avanzada edad.

De esto brota como consecuencia pedagógica su vuelta a lo elemental en la educación y una especial preferencia por las tareas de la escuela primaria, lo que se expresa más acentuadamente en sus últimos escritos menores independientes: «El espíritu propio de la [147/148] escuela primaria» (1955), «El educador nato» (1958), «La ley de los efectos secundarios no queridos en la educación» (1962). He tratado de mostrar en un pequeño estudio escrito con motivo de su 80° aniversario la peculiaridad de estas obras de su vejez.

8.

Esta serie se acaba con un pequeño artículo «Del sufrimiento metafísico» (1963); en él se refiere en actitud viril a las últimas experiencias dolorosas que significa la muerte de un ser querido, tratando de aceptarlas en forma conciliadora e interpretándolas como una «añoranza» más elevada. «Suprimir la verdadera añoranza no es posible. Pero tampoco está bien. Pues en la añoranza brilla algo de la nobleza del alma humana, es decir de su procedencia elevada y de su <ennoblecimiento> más hermoso.»

Sus últimas frases constituyen el artículo necrológico para Teodoro Litt que termina con las

palabras que parecen escritas para él mismo: «Que no falten nunca en Alemania tales educadores íntegros de la juventud académica: poco pathos, logos cristalino, ethos absoluto. Quien pudo ser amigo de este hombre esconde ahora su cara para no mostrar las lágrimas en su ojos.»

Aquí intercalaré además otro pasaje. En la nueva edición de su «Filósofo de Sanssouci» de 1962 agregó el cuadro que representa al rey de vuelta de la guerra de los siete años escuchando solitario el tedeum ordenado por él. Cita para mejor comprensión el informe de Kugler: «El rey entró en la capilla sin acompañantes y se sentó dando la señal para el comienzo. Al entonar las voces las palabras del cántico, apoyó la cabeza en su mano y lloró.» Este cuadro y las palabras explicativas fueron elegidos con cuidado. Podemos suponer que Spranger se ve él mismo en este cuadro, tanto más como que Spranger mismo añade expresamente «la convicción que en la vejez se debe uno declarar partidario de los maestros de los que se aprendió lo que la vida exige».

A mi ver, el único autotestimonio inmediato de este hombre silencioso, escrito ya próximo a su muerte es éste: «aprender lo que la vida exige», la vida como servicio que debe ser cumplido. El cumplimiento del deber hasta donde alcanza la fuerza, a la sombra del sufrimiento y «ethos absoluto».

Así fue Spranger hasta el último momento. Qué mezquina resulta al lado de esto la acostumbrada concepción de la vejez tranquila y pacífica. Quien lo ha visto todavía en los últimos meses: si bien algo más rígido que antes, sin embargo derecho, sin ninguna negligencia, [148/149] respetando siempre las formas de la cortesía, algo ceremonioso, siempre aun pensando primero en el otro y cómo poderle ayudar, lis una imagen que nos emociona (así como una fotografía tomada pocos días antes de su última enfermedad lo capta en grandiosidad conmovedora). Pero estaba cansado. El mismo decía que ya no pertenecía del todo a este mundo. Tenía la sensación de haber cumplido con su deber durante bastante tiempo y poderse ahora desligar.

9.

¿Qué significa esto para nosotros? La actualización de su imagen nos dejaría sin una última responsabilidad si sólo nos entregáramos al dolor sin preguntar ante qué deberes nos encontramos por la muerte de Spranger, si para nosotros ésta no se convirtiera en exigencia. Esta pregunta formulada en serio no es fácil de contestar. Porque sería facilitarnos demasiado la tarea, si creyésemos contestarla diciendo que nos proponemos continuar su obra.

En efecto, hay mucho para continuar y debe realizarse en forma tanto más consciente, como que no está en la línea de las tendencias hoy predominantes. La esencia íntima de las ciencias del espíritu todavía no está bastante aclarada ni comprendido su puesto dentro de la cultura y sociedad presentes. Ante todo tendremos que volver a tomar sus trabajos de la época creadora intermedia. La fundamen-tación cultural-pedagógica, en cambio, ya parece haber ido más allá, pasando a formar parte del acervo intemporal de toda ciencia educativa. Todo esto tiene que ser pensado a fondo.

Pero por encima de esto debemos concretar lo que intuimos horrorizados por la muerte de Spranger: que con él realmente desapareció un mundo que él había personificado, que para nosotros seguía con vida a través de él y que ya no es.

Esto dificulta nuestra tarea. En muchos aspectos no podemos proseguir sin solución de continuidad. Con el idealismo y el humanismo clásico tenemos que ponernos de acuerdo de otra manera. Mucho de lo que para él todavía tenía la evidencia del presente, nosotros sólo podemos volver a adquirirlo mediante un esfuerzo intencionado. También estamos hoy más

distantes del neokantismo. Mas sólo cuando logramos ganar distancia a través del trabajo crítico la imagen de Spranger se nos hace patente en toda su grandeza: la imagen de una humanidad total, formada hasta en el detalle y estructurada moralmente. Spranger era lo que expresó en el título de un artículo: un educador hacia la humanidad.

Si frente a la imagen de este gran hombre nos preguntamos con [149/150] toda la seriedad posible a qué nos estimula, no sé dar otra contestación que ésta que suena tal vez audaz, pero cuya intención es seria y humilde: ser como él, no naturalmente en la realización, pero en la actitud humana que ha personficado para nosotros.